

18 de diciembre de 1970

3:17 P.M.

Llovía con gran intensidad desde las cinco de la mañana. *Menu-do tiempo*, pensó el doctor Barrett, reprimiendo una sonrisa. Se sentía como el personaje de alguna novela gótica moderna: la lluvia torrencial, el frío, el viaje de dos horas desde Manhattan en una de las grandes limusinas de tapicería de cuero negro del señor Deutsch. La interminable espera en este pasillo, viendo cómo varios hombres y mujeres de aspecto desconcertado entraban y salían de la habitación de Deutsch, mirándole de reojo.

Se sacó el reloj de bolsillo del chaleco y levantó la tapa. Llevaba más de una hora en aquel lugar. ¿Qué querría el señor Deutsch? Seguramente algo relacionado con la parapsicología. Los periódicos y revistas del anciano editaban con frecuencia artículos relacionados con ese tema: *Regresa de la tumba; La muchacha que no podía morir...* unos artículos que siempre eran sensacionalistas y casi nunca verídicos.

Haciendo una mueca, el doctor Barrett puso, con gran esfuerzo, la pierna derecha sobre la izquierda. Era un hombre alto y ligeramente gordo de cincuenta y tantos años. Su escaso cabello rubio no había cambiado de color, pero en su cuidada barba empezaban a asomar las canas. Estaba sentado, bien er-

guido, en una silla de respaldo recto, observando la puerta de la habitación de Deutsch. Edith, que se había quedado en el piso inferior, debía de estar impacientándose. Lamentaba que le hubiera acompañado, pero en ningún momento había pensado que la entrevista iba a demorarse tanto.

La puerta del dormitorio de Deutsch se abrió y su secretario, Hanley, apareció en el umbral.

–Doctor –dijo.

Barrett alcanzó su bastón y, tras levantarse, avanzó cojeando hasta la puerta. Se detuvo enfrente de Hanley, esperando a que le anunciara.

–El doctor Barrett está aquí, señor.

Cuando Hanley le hizo un gesto, entró en el dormitorio. El secretario cerró la puerta tras él.

Era una habitación inmensa, con las paredes revestidas de paneles oscuros. *El santuario del monarca*, pensó Barrett, mientras avanzaba por la moqueta. Cuando se detuvo junto a la enorme cama, observó al anciano que estaba recostado en ella. Rolf Rudolph Deutsch era un hombre calvo de unos ochenta y siete años. Estaba tan delgado que sus ojos negros le miraban desde unas profundas cuencas descarnadas.

–Buenas tardes –saludó Barrett con una sonrisa, pensando en lo sorprendente que era que aquella criatura consumida pudiera gobernar un imperio.

–Está cojo –comentó Deutsch, con voz áspera–. Nadie me había informado de ello.

–¿Disculpe? –dijo el doctor, poniéndose rígido.

–No se preocupe –le interrumpió Deutsch–. Supongo que no tiene ninguna importancia. Mi gente me recomendó que lo eligiera. Me dijeron que usted era uno de los cinco mejores en su campo.

Hizo una pausa para coger aire.

–Le pagaré cien mil dólares.

Barrett se sentía desconcertado.

–Su trabajo consistirá en demostrar los hechos.

–¿Qué tipo de hechos? –preguntó.

Deutsch vaciló, preguntándose, quizá, si debía responder a esa pregunta.

–La vida después de la muerte –respondió por fin.

–¿Usted quiere que...?

–... me diga si es posible o no.

El corazón de Barrett dio un vuelco. Esa suma de dinero le cambiaría por completo la vida; sin embargo, no sabía si moralmente podía aceptar el trabajo.

–No quiero mentiras –continuó Deutsch–. Sólo deseo una respuesta verdadera, sea la que sea... Pero quiero una respuesta definitiva.

Barrett sintió cierta desesperación.

–¿Y cómo podré convencerle? –se vio obligado a preguntar.

–Proporcionándome hechos –respondió Deutsch, irritado.

–¿Y dónde voy a encontrarlos? Soy físico. Llevo veinte años estudiando parapsicología, pero todavía no he...

–Si existen –le interrumpió Deutsch–, los encontrará en el único lugar de la tierra que conozco en el que aún no se ha podido rebatir la supervivencia a la muerte: en la casa Belasco de Maine.

–¿La Casa Infernal?

Algo brilló en los ojos del anciano.

–Sí, en la Casa Infernal –respondió.

Barrett sintió un hormigueo de emoción.

–Tenía entendido que los herederos de Belasco la habían cerrado después de lo sucedido...

–Eso ocurrió hace treinta años –volvió a interrumpirle Deutsch–. Ahora necesitaban el dinero y decidí comprarla. ¿Podría estar allí el lunes?

Barrett vaciló pero, al ver que Deutsch empezaba a fruncir el ceño, se apresuró a asentir. No podía dejar pasar aquella oportunidad.

–Sí.

–Le acompañarán dos personas más –dijo Deutsch.

–¿Puedo preguntar quiénes...?

–Por supuesto. Florence Tanner y Benjamin Franklin Fischer.

Barrett intentó disimular su decepción. ¿Una médium espiritualista excesivamente emotiva y el único superviviente de la catástrofe de 1940? Se preguntó si debía objetar. Él contaba con su propio equipo de personas sensitivas y consideraba que Florence Tanner y Fischer no le serían de ninguna ayuda. Fischer había demostrado tener unas habilidades increíbles en su niñez, pero todos sabían que había perdido su don después de la crisis nerviosa que sufrió: le habían sorprendido estafando en diversas ocasiones hasta que, finalmente, decidió desaparecer por completo del mundo de la parapsicología. Aunque no estaba prestando atención a las palabras de Deutsch, le oyó decir que Florence Tanner volaría con él hacia el norte y que Fischer se reuniría con ellos en Maine.

El anciano advirtió su expresión.

–No se preocupe. Usted estará al mando –dijo–. Tanner estará allí porque mi gente me ha dicho que es una médium de primera...

–Pero es una médium mental –añadió Barrett.

–... y deseo que también se utilice ese método de aproximación –continuó diciendo Deutsch, como si Barrett no hubiera hablado–. El motivo de la presencia de Fischer es obvio.

Barrett asintió, consciente de que no podía hacer nada por evitarlo. Cuando el proyecto estuviera en marcha, pediría que enviaran a alguien de su propio equipo.

–Respecto a los costes... –empezó a decir.

El anciano movió la mano.

–Deberá tratar ese tema con Hanley. Dispondrán de fondos ilimitados.

–¿Y tiempo?

–Eso es lo único que no tendrán –respondió Deutsch–. Deseo conocer la respuesta en una semana.

Barrett se quedó atónito.

–¡Tómelo o déjelo! –espetó el anciano, con una expresión de rabia en el rostro.

Barrett era consciente de que ésta era una de esas oportunidades que sólo aparecen una vez en la vida... y sabía que podría averiguar la verdad si lograba que su máquina estuviera lista a tiempo.

–Una semana –dijo, asintiendo.

3:50 P.M.

–¿Algo más? –preguntó Hanley.

Barrett repasó mentalmente los detalles: redactar una lista en la que aparecieran todos los fenómenos paranormales que se habían observado en la casa Belasco; restablecer el sistema eléctrico; instalar una línea telefónica; y poder disfrutar de la piscina y la sauna. El secretario de Deutsch había fruncido el ceño al oír aquel requisito, pero Barrett ni siquiera se había inmutado. Para él, era imprescindible nadar y tomar una sauna a diario.

–Una cosa más. –Aunque intentó mostrarse sereno, advirtió que no conseguía ocultar del todo su entusiasmo–. Necesito una máquina. Los planos están en mi apartamento.

–¿Cuándo la necesitará? –preguntó Hanley.

–Lo antes posible.

–¿Es grande?

Doce años, pensó Barrett.

–Bastante –respondió.

–¿Eso es todo?

–De momento no se me ocurre nada más. De todos modos, no ha mencionado las condiciones en las que viviremos.

–Se han rehabilitado las habitaciones necesarias y una pareja de Caribou Falls ha accedido a prepararles y entregarles diariamente las comidas. –Hanley esbozó una pequeña sonrisa–. Sin embargo, ambos se han negado a dormir en la casa.

–Está bien –dijo Barrett, levantándose–. Así no molestarán.

Hanley empezó a conducirlo hacia la puerta de la biblioteca pero, antes de que llegaran, ésta se abrió de golpe y en ella apareció un tipo corpulento que observó encolerizado a Barrett. A pesar de ser cuarenta años más joven y pesar cincuenta kilos más, William Reinhardt Deutsch se parecía muchísimo a su padre.

El hombre cerró la puerta.

–Quiero que sepa que voy a detener todo esto –dijo.

Barrett lo miró, sin decir nada.

–Mi padre desea conocer la verdad –continuó–, pero todos sabemos que no es más que una pérdida de tiempo. Si deja constancia por escrito, le firmaré un cheque por mil dólares ahora mismo.

–Me temo que...

–Lo sobrenatural no existe, ¿verdad? –su cuello se estaba enrojeciendo.

–Exacto –respondió Barrett. Deutsch empezó a sonreír, triunfante–. El término correcto es «paranormal», pues la naturaleza no puede ser trascendida...

–¿Dónde diablos está la diferencia? –le interrumpió Deutsch–. ¡Son sólo supercherías!

–Lo lamento, pero no estoy de acuerdo con usted –dijo Barrett, acercándose a la puerta–. Ahora, si me disculpa...

Deutsch le cogió del brazo.

–Escúcheme bien. Será mejor que se olvide de este asunto; porque yo mismo me ocuparé de que no reciba nunca ese dinero...

Barrett se apartó.

–Haga lo que quiera –dijo–. Yo seguiré adelante a no ser que su padre me diga lo contrario.

Cerró la puerta y se alejó por el pasillo. *A la luz de los conocimientos presentes*, pensó, dirigiéndose mentalmente al hijo de Deutsch, *cualquiera que se refiera a los fenómenos psíquicos como superchería no tiene ni idea de lo que sucede en el mundo. La documentación es inmensa...*

Barrett se detuvo y se apoyó en la pared. La pierna empezaba a dolerle de nuevo. Por primera vez, se vio obligado a reconocer que una semana en la casa Belasco sólo serviría para que empeorara.

¿Qué sucedería si, realmente, ese lugar era tan malo como afirmaban los dos informes?

4:37 P.M.

El Rolls-Royce avanzaba a toda velocidad por la autopista, dirigiéndose a Manhattan.

–Es una cantidad de dinero tremenda –comentó Edith, que no acababa de creerse lo sucedido.

–No para él –respondió Barrett–. Sobre todo si tenemos en cuenta que la está pagando para confirmar la inmortalidad.

–Pero supongo que sabe que tú no crees...

–No me cabe la menor duda –le interrumpió Barrett, negándose a considerar el hecho de que no hubiera sido informado–. No es de ese tipo de personas que emprenden algo antes de conocer todos y cada uno de los detalles.

–Pero son cien mil dólares.

Barrett sonrió.

–Incluso a mí me cuesta creerlo –comentó–. Si fuera como mi madre, estoy seguro de que creería que se trata de un milagro de Dios. Me ha ofrecido las dos cosas que llevo tanto tiempo deseando: la oportunidad de demostrar mi teoría y dinero de sobra para que podamos vivir hasta el fin de nuestros días. La verdad es que no puedo pedir más.

Edith le devolvió la sonrisa.

–Me alegro por ti, Lionel –dijo.

–Gracias, amor mío –respondió, acariciándole la mano.

–Pero tienes que empezar el lunes por la tarde. –Edith parecía preocupada–. Eso no nos deja mucho tiempo.

–Me pregunto si debería ir solo en esta ocasión –comentó Barrett.

Ella lo miró fijamente.

–Bueno, sabes de sobra que no estaré completamente solo –añadió–. Me acompañarán esas dos personas.

–¿Y qué me dices de las comidas?

–Nos las traerán a diario. Lo único que tengo que hacer es trabajar.

–Pero siempre te he ayudado –protestó.

–Lo sé, pero...

–¿Qué?

Vaciló.

–Preferiría que no me acompañaras en esta ocasión, eso es todo.

–¿Por qué, Lionel? –al ver que no contestaba, se inquietó–. ¿Es por mí?

–Por supuesto que no. –Esbozó una rápida sonrisa–. Es por la casa.

–¿Pero no se trata de una casa supuestamente encantada, idéntica a cualquier otra? –preguntó, usando las palabras que solía emplear su marido.

–Me temo que no –reconoció–. Ésta se considera el Everest de las casas encantadas. Han intentado investigarla en dos ocasiones; la primera, en 1931 y la segunda, en 1940. Ambos casos acabaron en desastre. Ocho de las personas implicadas fueron asesinadas, se suicidaron o enloquecieron. Sólo una de ellas sobrevivió, pero ignoro si sigue conservando la cordura. Se trata de Benjamin Fischer, una de las dos personas que me acompañarán. La verdad es que no me da ningún miedo la casa –continuó, advirtiendo que aquellas palabras habían inquietado a su mujer–. Estoy completamente convencido de mis creencias. Sin embargo, temo que los detalles de la investigación sean ligeramente desagradables.

Se encogió de hombros.

–¿Y pretendes que te deje ir solo? –preguntó Edith.

–Cariño...

–¿Y si te ocurre algo?

–No me pasará nada.

–¿Pero si pasa, qué? Yo estaré en Nueva York y tú en Maine.

–Edith, no va a pasar nada.

–Entonces, no hay ninguna razón por la que no pueda ir.

–Intentó sonreír–. Esa casa no me da miedo, Lionel.

–Ya lo sé.

–No te molestaré.

Barrett suspiró.

–Sé que no conozco tu trabajo, pero siempre habrá algo que pueda hacer para ayudarte: hacer y deshacer el equipaje, ayudarte a preparar los experimentos, mecanografiar el resto de tu manuscrito... Me dijiste que querías tenerlo listo para principios de año. Además, quiero estar contigo cuando demuestres tu teoría.

Barrett asintió.

–Deja que lo piense.

–No te molestaré –prometió ella–. Y sé que podré ayudarte de diversas formas.

Barrett asintió de nuevo, intentando pensar. Era evidente que su mujer no quería quedarse atrás... y se lo agradecía. Excepto por las tres semanas que pasó en Londres en 1962, no se habían separado nunca desde que se casaron. ¿Realmente supondría algún problema que le acompañara? La verdad es que Edith había experimentado suficientes fenómenos psíquicos como para estar acostumbrada a ellos.

Sin embargo, la casa era un factor desconocido. No se llamaría la Casa Infernal si no hubiera una buena razón. En ese lugar existía un poder tan fuerte que había sido capaz de destruir, física o mentalmente, a ocho personas... y tres de ellas fueron científicos, como él.

A pesar de que creía saber exactamente de qué poder se trataba, ¿debía permitir que Edith se expusiera a él?

20 de diciembre de 1970

10:39 P.M.

Florence Tanner cruzó el solar que separaba su casita de la iglesia y avanzó por el callejón que conducía a la calle. Al llegar a la acera, se detuvo y observó la iglesia. No era más que un almacén remodelado, pero lo había sido todo para ella durante los últimos seis años. Contempló el rótulo pintado en la ventana: TEMPLO DE ARMONÍA ESPIRITUAL. Sonrió. De hecho, lo era. Estos seis años habían sido los más espiritualmente armoniosos de su vida.

Se dirigió hacia la puerta, introdujo la llave en la cerradura y la abrió. Se alegró al sentir el calor. Tiritando, encendió la lámpara de pared del vestíbulo y echó un vistazo al tablón de anuncios:

Servicios dominicales: 11:00 a.m., 8:00 p.m.

Curación y Profecía: Martes, 7:45 p.m.

Conferencias y Saludos Espirituales: Miércoles, 7:45 p.m.

Mensajes y Revelaciones: Jueves, 7:45 p.m.

Comunión Sagrada: 1^{er} Domingo del mes.

Se giró y observó la fotografía que colgaba en la pared. Encima de su retrato ponía, en letras impresas: *La Reverenda Florence Tanner*. Se sintió complacida ante aquel recordatorio de su be-

lleza. A pesar de sus cuarenta y tres años, el paso del tiempo no había tenido el menor efecto en ella: su larga melena pelirroja no mostraba el menor indicio de gris y su cuerpo estaba en tan buena forma como a los veinte años. *Vanidad de vanidades*, pensó.

Entró en la iglesia, avanzó por el pasillo enmoquetado y subió a la tarima, donde adoptó la posición habitual detrás del facistol. Observando las hileras de asientos vacíos y los libros de himnos que había cada tres asientos, imaginó a su congregación sentada ante ella.

–Queridos hermanos –susurró.

Había anunciado su marcha en el servicio de la mañana y en el de la tarde. Tras informar a su congregación de que tendría que ausentarse durante la semana siguiente, había dicho que ésa era la respuesta a sus oraciones y que a su regreso dispondrían de los medios necesarios para construir una verdadera iglesia de su propiedad. También había pedido a sus fieles que rezaran por ella durante su ausencia.

Florence juntó las manos y cerró los ojos. Sus labios se movieron levemente mientras rezaba, pidiendo fuerzas para limpiar la casa Belasco, una casa que había dejado a sus espaldas una espeluznante leyenda de muertes, suicidios y locura. Una casa terriblemente impura. Imploró ser capaz de poner fin a su maldición.

Cuando acabó sus oraciones, Florence levantó la cabeza y observó su iglesia. Aunque la amaba profundamente, el hecho de poder construir una verdadera iglesia para su congregación era un regalo del cielo. *Y además, en Navidad*. Sonrió, con los ojos llenos de lágrimas.

Dios era bueno.

11:17 P.M.

Edith acabó de cepillarse los dientes y observó su reflejo en el espejo: tenía el cabello corto, de color castaño rojizo, y unos

rasgos marcados y casi masculinos. Al advertir que su preocupación se dibujaba en su rostro, se sintió tan incómoda que apagó la luz del lavabo y regresó a la habitación.

Lionel estaba dormido. Se sentó en la cama y le miró, oyendo el sonido de su fuerte respiración. *Pobrecito*, pensó. Había tenido que preparar tantas cosas que a las diez de la noche estaba exhausto y le había obligado a acostarse.

Edith se tumbó sobre un costado y siguió mirándolo. Nunca le había visto tan preocupado como hoy. Incluso había tenido que prometerle que, en cuanto entraran en la Casa Belasco, no se separaría de él en ningún momento. ¿Realmente podía ser tan terrible? Había estado con Lionel en otras casas encantadas y nunca había tenido miedo. Su marido siempre estaba tan calmado y tan seguro que resultaba imposible temer nada cuando él estaba cerca.

Sin embargo, la casa Belasco le inquietaba tanto que le había hecho prometer que no se apartaría de su lado en ningún momento. Edith se estremeció. ¿Perjudicaría a su trabajo el hecho de que le acompañara? ¿El tener que cuidar de ella le obligaría a consumir parte de sus limitadas energías y eso afectaría negativamente a su trabajo? Edith no quería que eso sucediera. Sabía cuánto significaba para él su trabajo.

Sin embargo, tenía que ir. Haría cualquier cosa con tal de no quedarse sola. Nunca le había dicho a Lionel que había estado a punto de sufrir una crisis nerviosa durante aquellas tres semanas que se ausentó de casa en el año 1962, pues sabía que eso sólo le habría angustiado y que necesitaba toda su concentración para el trabajo que estaba realizando. Por eso le había mentado y había intentado parecer contenta en las tres ocasiones que habló con él por teléfono... y en su soledad había llorado sin parar y se había atiborrado de tranquilizantes. Durante esas tres semanas perdió seis kilos, pues había sido incapaz de probar bocado y de conciliar el sueño... e incluso había tenido que luchar contra sus impulsos de poner fin a esa situación. Cuando por fin se reunió con él en el aeropuerto, pálida y sonriente, le dijo que había tenido la gripe.

Edith cerró los ojos y levantó las piernas. No podía volver a pasar por todo eso. La peor casa encantada del mundo le daba menos miedo que estar sola.

11:41 P.M.

No podía dormir. Fischer abrió los ojos y contempló la cabina del avión privado de Deutsch. *Es extraño estar sentado en una butaca en un avión*, pensó. Realmente, lo extraño era encontrarse en un avión, pues ésta era la primera vez que volaba.

Fischer alcanzó la cafetera y se sirvió otra taza. Tras frotarse los ojos, cogió una de las revistas que descansaban sobre la mesita de café que tenía delante. Era una de las de Deutsch. *¿Qué más?*, pensó.

Al cabo de un rato, sus ojos se desenfocaron y las palabras de la página empezaron a difuminarse. *Estoy a punto de regresar*, pensó. A pesar de ser la única de las nueve personas que había logrado salir de allí con vida, había decidido regresar.

Le encontraron tirado en el porche de la casa aquella mañana de septiembre de 1940, desnudo, en posición fetal, tiritando y con la mirada perdida. Cuando le acostaron en la camilla, empezó a gritar y a vomitar sangre. Tenía los músculos tan rígidos que parecían piedras. Permaneció tres meses en coma en el Hospital de Caribou Falls. Cuando abrió los ojos, parecía un hombre demacrado de treinta años, a pesar de que todavía faltaba un mes para su decimosexto aniversario. Ahora que tenía cuarenta y cinco, era un hombre delgado, de cabello gris y ojos oscuros. Y su expresión era dura, recelosa.

Fischer se estiró sobre la silla. *No importa; ha llegado la hora*, pensó. Ya no tenía quince años, ya no era un niño inocente ni ingenuo, ya no era la presa crédula que había sido en 1940. En esta ocasión, las cosas serían diferentes.

Nunca habría imaginado que le daría una segunda oportunidad a la casa. Después de que su madre muriera, se había trasladado a la Costa Oeste... probablemente para estar lo más

lejos posible de Maine. Había realizado torpes estafas en San Francisco, despertando deliberadamente la antipatía de espiritualistas y científicos con el objetivo de librarse de ellos. Había subsistido durante treinta años fregando platos, trabajando en granjas, vendiendo de puerta en puerta, trabajando de conserje y realizando cualquier tipo de tarea que le permitiera ganar dinero sin tener que usar la mente.

De alguna forma, había protegido su habilidad y la había ido alimentando. Sabía que aún la conservaba, aunque puede que ya no fuera tan espectacular como cuando tenía quince años. De todos modos, había permanecido intacta y ahora estaba respaldada por la juiciosa precaución de un adulto, no por la arrogancia suicida de un adolescente. Había llegado el momento de que despertaran sus aletargados músculos psíquicos, de que se ejercitaran y fortalecieran, para poder usarlos una vez más contra aquel apestoso lugar de Maine.

Contra la Casa Infernal.

21 de diciembre de 1970

11:19 A.M.

Los dos Cadillac negros avanzaban por la carretera, que serpenteaba a través de un bosque densamente poblado. En el primer automóvil viajaba el representante de Deutsch; el doctor Barrett, Edith, Florence Tanner y Fischer lo hacían en el segundo: una limusina con chófer. Fischer iba de espaldas a la carretera, mirando a sus tres compañeros.

Florence puso su mano sobre la de Edith.

–No me gustaría que pensara que soy una persona arisca –dijo–. Lo único que sucede es que me preocupa que usted vaya a la casa.

–Lo comprendo –respondió Edith, apartando la mano.

–Señorita Tanner –dijo Barrett–, le agradecería que no alarmara a mi mujer antes de tiempo.

–No tengo ninguna intención de hacerlo, doctor. Sin embargo... –Florence vaciló antes de continuar–. Espero que haya informado bien a la señora Barrett sobre la casa.

–Mi mujer sabe que se producirán acontecimientos.

–Es una forma bonita de decirlo –era la primera vez, en una hora, que Fischer abría la boca.

Barrett lo miró.

–También sabe –continuó– que ninguno de estos acontecimientos significará que la casa está encantada.

Fischer asintió, sacándose un paquete de tabaco del bolsillo.
–¿Les molesta que fume? –preguntó. Recorrió con la mirada sus rostros y, al ver que nadie objetaba, encendió uno.

Florence iba a decirle algo a Barrett, pero cambió de idea.

–Es extraño que un proyecto como éste haya sido financiado por un hombre como Deutsch –comentó-. Ignoraba que sintiera un interés tan genuino por estos temas.

–Ya es anciano –comentó Barrett-. Sabe que la hora de la muerte se aproxima, y desea creer que no es el final.

–Por supuesto que no lo es.

Barrett sonrió.

–Su cara me resulta conocida –dijo Edith, dirigiéndose a Florence-. ¿Es eso posible?

–Hace años trabajé como actriz... sobre todo en la televisión, aunque hice alguna película. Mi nombre artístico era Florence Michaels.

Edith asintió.

Florence miró a Barrett y después a Fischer.

–Estoy emocionada –dijo-. Nunca imaginé que trabajaría con dos fenómenos del mundo de la parapsicología. Estoy segura de que la casa se rendirá a nuestros pies.

–¿Por qué se llama Casa Infernal? –preguntó Edith.

–Porque su propietario, Emeric Belasco, creó un infierno privado en ella –explicó Barrett.

–¿Se supone que es él quien ha hechizado la casa?

–Entre otros –respondió Florence-. Los fenómenos observados son demasiado complejos para que sean obra de un único espíritu. Se trata de un caso de encantamiento múltiple.

–Yo simplemente diría que allí hay algo –dijo Barrett.

Florence sonrió.

–De acuerdo.

–¿Podrás deshacerte de él con tu máquina? –preguntó Edith.

Florence y Fischer observaron a Barrett.

–Se lo explicaré cuando estemos en la casa.

Todos miraron por la ventanilla cuando el vehículo dobló una curva cerrada.

–Estamos a punto de llegar. –El doctor Barrett miró a su mujer–. La casa se encuentra en el Valle Matawaskie.

Todos contemplaron el brumoso valle rodeado de colinas que se abría ante ellos. Fischer apagó el cigarrillo en el cenicero mientras echaba el humo por la boca. Cuando volvió a mirar por la ventanilla, esbozó una mueca.

–Estamos entrando.

De repente, el coche se sumergió en una niebla verdosa y el conductor redujo la velocidad. Todos lo miraron y advirtieron que se había inclinado sobre el volante, acercando su rostro al parabrisas. Al cabo de unos instantes, conectó los faros antiniebla y los limpiaparabrisas.

–¿Cómo es posible que alguien decidiera construir una casa en un lugar como éste? –preguntó Florence.

–Para Belasco, esto era el paraíso –respondió Fischer.

Todos miraron por las ventanillas hacia la encrespada niebla. Tenían la impresión de encontrarse en un submarino que se sumergía, lentamente, en un mar de leche condensada. Junto al vehículo aparecían árboles, arbustos o formaciones rocosas que desaparecían al instante. Sólo se oía el ronroneo del motor.

Por fin, el motor se detuvo. Al oír que se cerraba una puerta, todos miraron hacia delante, intentando ver el Cadillac. Segundos después, la figura del representante de Deutsch apareció entre la niebla. Barrett pulsó el botón para bajar su ventanilla y, al instante, arrugó la nariz, pues un aroma fétido inundó sus fosas nasales.

El hombre se inclinó.

–Hemos llegado al desvío –anunció–. Su chófer nos acompañará a Caribou Falls, de modo que uno de ustedes tendrá que conducir el vehículo hasta la casa. No está muy lejos. El teléfono ha sido conectado, hay electricidad y sus habitaciones están preparadas.

Miró hacia el suelo antes de continuar.

–En esta cesta tienen la comida. La cena les será entregada a las seis. ¿Alguna pregunta?

–¿Necesitamos alguna llave para la puerta principal? –preguntó Barrett.

–No, está abierta.

–De todos modos, déjenos una –dijo Fischer.

Barrett lo miró unos instantes, antes de volver a dirigirse al representante.

–No estaría mal que la tuviéramos.

El hombre sacó un llavero del bolsillo de su abrigo, extrajo una llave y se la entregó al doctor.

–¿Algo más?

–Si necesitamos algo, le llamaremos por teléfono.

El hombre esbozó una pequeña sonrisa.

–De acuerdo. Entonces, hasta la vista –dijo, dando media vuelta.

–Espero que haya querido decir «hasta pronto» –comentó Edith.

Barrett sonrió mientras subía la ventanilla.

–Yo conduciré –Fischer trepó por el asiento y se puso al volante. Tras poner en marcha el motor, giró a la izquierda para acceder a la deteriorada carretera asfaltada.

–Ojalá supiera qué debo esperar –comentó Edith, dejando escapar un profundo suspiro.

–No espere nada –respondió Fischer, sin girarse.

11:47 A.M.

Durante los últimos cinco minutos, Fischer había conducido lentamente la limusina por aquella estrecha carretera cubierta de niebla. Ahora, pisó el freno y detuvo el motor.

–Hemos llegado –anunció, abriendo la puerta y saliendo al exterior, mientras se abotonaba el chaquetón.

Lionel abrió la puerta que tenía a su lado. Edith esperó a que saliera y, a continuación, se deslizó por el asiento. En cuanto sacó un pie del vehículo, se estremeció.

–Qué frío –dijo–. Y qué peste.

–Es probable que haya un pantano por aquí cerca – dijo Lionel.

Florence se reunió con ellos y todos permanecieron en silencio, mirando a su alrededor.

–Tenemos que ir por allí– dijo Fischer, mirando por encima de la capota del coche.

–Vayamos a echar un vistazo. Ya vendremos después a por el equipaje –propuso Barrett. Volviéndose hacia Fischer, preguntó–: ¿Nos muestra el camino?

Fischer se puso en marcha.

Sólo habían recorrido unos metros cuando llegaron a un estrecho puente de hormigón. Mientras lo cruzaban, Edith se asomó por la barandilla: si había agua debajo, la niebla la ocultaba. Miró hacia atrás y vio que la limusina ya había sido engullida por la niebla.

–Tenga cuidado, no vaya a caerse al pantano –dijo Fischer. Edith se giró y vio una superficie de agua delante de ella y un camino de gravilla que serpenteaba a su izquierda. El agua, que parecía gelatina oscura salpicada de restos de hojas y hierbajos, despedía un hedor fétido y decadente, y las rocas que bordeaban la orilla estaban cubiertas de un limo verdoso.

–Ahora sabemos de dónde procede el hedor –dijo Barrett, moviendo la cabeza–. Belasco tenía un pantano.

–La Ciénaga Bastarda –dijo Fischer.

–¿Por qué lo llama así?

Fischer no respondió.

–Se lo contaré más adelante –dijo, por fin.

Ahora avanzaban en silencio. Sólo se oía el crujido de la gravilla bajo sus pies. Aquel lugar era tan húmedo que todos tenían la impresión de que el frío había logrado adentrarse en sus huesos. Edith se levantó el cuello del abrigo y se acercó más a Lionel. Ambos siguieron caminando cogidos del brazo y mirando hacia el suelo. Florence les seguía.

Cuando Lionel se detuvo, Edith levantó la mirada.

Ante ellos, envuelta en la niebla, surgía amenazadora la silueta de una inmensa casa.

–Es un lugar espeluznante –dijo Florence, empleando un tono airado. Edith la miró.

–Ni siquiera hemos entrado, señorita Tanner –dijo Barrett.

–No necesito entrar para saberlo. –Observó a Fischer, que tenía los ojos fijos en la casa. Al ver que se estremecía, se adelantó y acercó su mano a la de él. Fischer se la cogió con tanta fuerza que la mujer esbozó una mueca de dolor.

Barrett y Edith contemplaron el edificio. Entre la niebla, parecía un acantilado fantasmagórico que les cerraba el paso. De pronto, Edith se adelantó unos pasos.

–No tiene ventanas –dijo.

–Belasco ordenó que las tapiaran –explicó Barrett.

–¿Por qué?

–No lo sé. Quizá...

–Estamos perdiendo el tiempo –les interrumpió Fischer, apartándose de Florence y volviendo a ponerse en marcha.

Recorrieron los últimos metros por el camino de gravilla y subieron los grandes escalones que conducían al porche. Edith advirtió que todos ellos estaban resquebrajados y que en las hendiduras crecían hongos y hierbajos amarillentos cubiertos de escarcha.

Se detuvieron ante la gigantesca doble puerta principal.

–Si se abre sola, me voy a casa –dijo Edith, intentando que su voz sonara divertida.

Barrett sujetó el pomo de la puerta y lo empujó hacia abajo. La puerta no se movió.

–¿Le sucedió esto alguna vez?

–En más de una ocasión.

–Entonces, me alegro de que tengamos la llave –Barrett la sacó del bolsillo de su abrigo y la introdujo en la cerradura, pero fue incapaz de girarla. Movi6 la llave de un lado a otro, intentando desatascar el cierre.

De repente, la llave giró y la pesada puerta empezó a abrirse hacia dentro. Edith se estremeció al ver que Florence contenía el aliento.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó.

Florence movió la cabeza.

–Nada que deba inquietarnos –respondió Barrett. Edith miró a su marido, recelosa.

–Sólo ha sido una reacción, señora Barrett –explicó Florence–. Su marido tiene razón. No debemos inquietarnos.

Fischer ya había entrado en la casa y estaba buscando el interruptor de la luz. Cuando lo encontró, sus compañeros oyeron que lo pulsaba una y otra vez, sin ningún éxito.

–Menos mal que habían restablecido el servicio eléctrico –comentó.

–El generador debe de ser muy viejo –dijo Barrett.

–¿Generador? –Edith estaba estupefacta–. ¿No hay servicio eléctrico en este lugar?

–En este valle hay tan pocas casas que no resultaría factible instalarlo –explicó Barrett.

–Entonces, ¿cómo es posible que hayan conectado el teléfono?

–Es un teléfono de campo –respondió su marido, observando el interior de la casa–. Bueno, el señor Deutsch tendrá que conseguirnos otro generador.

–Usted cree que así se solucionará todo, ¿verdad? –preguntó Fischer, con recelo.

–Por supuesto –replicó–. No podemos considerar que el hecho de que se haya estropeado un viejo generador sea un fenómeno psíquico.

–¿Y qué vamos a hacer? –preguntó Edith–. ¿Quedarnos en Caribou Falls hasta que instalen el nuevo?

–Eso podría llevar días –dijo Barrett–. Usaremos velas hasta que llegue.

–Velas –repitió Edith.

Barrett sonrió al ver su expresión.

–Sólo serán un par de días.

Ella asintió, esbozando una débil sonrisa. Barrett echó un vistazo al interior de la casa.

–Ahora, la pregunta es: ¿de dónde sacamos las velas? Supongo que habrá alguna por aquí dentro. –Guardó silencio al ver que Fischer sacaba una linterna del bolsillo de su abrigo–. ¡Ah!

Fischer encendió la linterna, proyectó la luz hacia el interior y entonces, armándose de valor, cruzó el umbral.

Barrett fue el siguiente en entrar. En cuanto cruzó la puerta, se detuvo al otro lado y escuchó unos instantes. A continuación, se giró y le tendió la mano a Edith, que avanzó sujetándole con fuerza.

–Aquí dentro huele peor que fuera –dijo la mujer.

–Es una casa muy antigua que carece de ventilación. Aunque el olor también podría proceder de la chimenea, pues hace más de veintinueve años que no se utiliza –explicó su marido. Entonces, volviéndose hacia Florence, preguntó–: ¿Va a entrar, señorita Tanner?

Ésta asintió con una pequeña sonrisa.

–Sí. –Tras enderezar la espalda y coger aire con fuerza, entró en la casa. Entonces miró a su alrededor, intentando reprimir las náuseas–. La atmósfera es...

–Una atmósfera de este mundo, no del próximo –dijo Barrett, con sequedad.

Fischer enfocó con la linterna la oscura inmensidad del vestíbulo. El estrecho haz de luz saltaba caprichosamente de un lugar a otro, deteniéndose momentáneamente en voluminosos muebles, inmensos cuadros de colores plomizos y tapices gigantescos cubiertos de polvo. Vieron una escalera amplia y ondulada que subía hacia la oscuridad, el pasillo del segundo piso que daba al vestíbulo y, mucho más arriba, en vuelta en sombras, una amplia extensión de techo revestido con paneles.

–Parece el hogar de una persona sencilla –comentó Barrett.

–En absoluto –respondió Florence–. Apesta a arrogancia.

Barrett suspiró.

–No sé si será a arrogancia, pero sí que apesta. –El doctor miró hacia la derecha–. Según el plano, la cocina debe de estar por ahí.

Edith permaneció a su lado mientras cruzaban el vestíbulo. El sonido de sus pasos retumbaba con fuerza en el suelo de madera noble.

–Sabe que estamos aquí –comentó Florence, mirando a su alrededor.

Barrett frunció el ceño.

–Señorita Tanner, espero que no piense que intento coartarla, pero...

–Lo siento –respondió Florence–. Intentaré guardarme para mí misma mis observaciones.

Llegaron a un pasillo y avanzaron por él. Fischer iba delante, Barrett y Edith lo seguían y Florence cerraba la marcha. Al final del pasillo se alzaban un par de puertas giratorias revestidas de metal. Fischer empujó una de ellas y, tras entrar en la cocina, la mantuvo entornada para que pasaran los demás. Cuando todos estuvieron dentro, soltó la puerta para que volviera a su lugar y giró sobre sus talones.

–Dios mío –exclamó Edith, siguiendo con la mirada la luz de la linterna.

La habitación medía aproximadamente ciento veinte metros cuadrados y sus paredes estaban rodeadas de muebles metálicos y estanterías revestidas de paneles oscuros. Había un enorme fregadero de doble pila, una cocina gigantesca con tres hornos y una inmensa sala frigorífica. En el centro de la sala, como si fuera un colosal ataúd coronado de acero, se alzaba una descomunal mesa de cocina.

–Debía de tener un montón de invitados –comentó Edith.

Fischer enfocó con la linterna un gran reloj de pared electrónico que se alzaba sobre los fogones. Sus agujas se habían detenido a las 7:31, a.m. o p.m. *¿De qué día?*, se preguntó Barrett, mientras avanzaba cojeando hacia la pared de su derecha y empezaba a abrir cajones. Edith y Florence estaban juntas, observándolo. A continuación, el doctor abrió las puertas de uno de los armarios y musitó algo cuando Fischer lo iluminó con la linterna.

–Espirituosos auténticos –dijo, mirando las hileras de botellas cubiertas de polvo–. Podríamos abrir una después de cenar.

Fischer abrió otro cajón y sacó una lámina de cartulina con los bordes amarillentos. La enfocó con la linterna.

–¿Qué es eso? –preguntó Barrett.

–Uno de los menús. Según la fecha, es del 27 de marzo de 1928. Sopa de marisco. Mollejas de ternera en salsa. Estofado de capón. Sopa de pan. Crema de coliflor. Y de postre, *amandes crème*: almendras picadas con nata y clara de huevo batida.

–Supongo que todos sus invitados acabaron con acidez de estómago –dijo Barrett, riendo.

–Creo que las comidas tenían un objetivo distinto al de llenarles el estómago –respondió Fischer, sacando un paquete de velas del cajón.

Tras coger una vela y un candelero cada uno, regresaron al vestíbulo. A medida que avanzaban, las titilantes llamas hacían que sus sombras ondearan en las paredes y el techo.

–Allí debe de estar el comedor –dijo Barrett.

Avanzaron bajo una arcada de dos metros de ancho y se detuvieron. Edith y Florence jadearon simultáneamente; Barrett, dejando escapar un silbido, levantó la vela para iluminar mejor la estancia.

Aquel comedor debía de medir unos cuatrocientos cincuenta metros cuadrados. Las paredes, de dos pisos, estaban revestidas de madera de nogal hasta los dos metros y medio de altura y, a continuación, por bloques de piedra. Enfrente de ellos se alzaba una chimenea gigantesca con el manto de piedra tallada.

Todos los muebles eran antiguos, excepto las sillas que se diseminaban por todas partes y los sofás, que habían sido tapiizados siguiendo la moda de los años veinte. En diversos puntos de la sala había estatuas de mármol sobre sus pedestales; en el rincón noroeste descansaba un piano de cola de ébano; y en el centro de la estancia se alzaba una mesa circular de más de seis metros de diámetro, rodeada por dieciséis sillas de respaldo alto. Sobre ella pendía una enorme araña de luces. *Es el lugar perfecto para instalar el equipo*, pensó Barrett. Era evidente que alguien había limpiado el comedor.

–Sigamos adelante –propuso, bajando la vela.

Abandonaron el salón, cruzaron el vestíbulo pasando bajo

las escaleras y doblaron a la derecha para acceder a otro pasillo. Cuando ya habían recorrido varios metros, vieron a su izquierda un par de puertas giratorias de nogal. El doctor empujó una de ellas y se asomó.

–Es el teatro –explicó.

Cuando entraron, fueron recibidos por un olor rancio. Las paredes de aquel teatro habían sido revestidas de un antiguo brocado rojo y el suelo, inclinado y con tres pasillos, estaba enmoquetado también en rojo. En el escenario, diversas columnas renacentistas de color dorado flanqueaban la pantalla y a lo largo de las paredes pendían candelabros de plata conectados a la corriente. Las cien butacas que se alineaban en la sala habían sido hechas a medida y tapizadas con terciopelo de color vino.

–¿Cuánto dinero tenía Belasco? –preguntó Edith.

–Creo que al morir dejó más de siete millones de dólares –respondió Barrett.

–¿Al morir? –comentó Fischer, que estaba sujetando una de las puertas para mantenerla abierta.

–Si hay algo que quiera contarnos... –dijo Barrett, mientras regresaba al pasillo.

–¿Qué podría decirles? Esta casa intentó matarme... y estuvo a punto de conseguirlo.

El doctor parecía estar a punto de decir algo, pero cambió de idea y observó el pasillo.

–Creo que esa escalera conduce a la piscina y a la sauna –comentó–. Pero no tiene ningún sentido que bajemos hasta que no haya electricidad.

Cruzó cojeando el pasillo y abrió una pesada puerta de madera.

–¿Qué es? –preguntó Edith.

–Parece una capilla.

–¿Una capilla? –Florence palideció. Empezó a aproximarse a la puerta, gimiendo con aprensión. Edith la observó, inquieta.

–¿Señorita Tanner? –dijo Barrett.

La mujer no respondió. Cuando ya estaba junto a la puerta, vaciló.

–Será mejor que no entre –le advirtió Fischer.

Florence movió la cabeza.

–Debo hacerlo –respondió, entrando en la sala.

Retrocedió al instante, sofocando un grito.

–¿Qué sucede? –preguntó Edith, sobresaltada.

Florence fue incapaz de responder. Cogió aire con fuerza y movió la cabeza lentamente. Barrett apoyó la mano en el brazo de su esposa.

–Todo va bien –le dijo en voz muy baja, intentando reconfortarla.

–En estos momentos me resulta imposible entrar ahí –dijo Florence, a modo de disculpa. Tragó saliva antes de añadir–: Soy incapaz de soportar esa atmósfera.

–Sólo estaremos un momento –dijo Barrett.

Florence asintió y dio media vuelta.

Mientras entraba en la capilla, Edith fue armándose de valor, preparándose para recibir cualquier tipo de susto. Al ver que no ocurría nada, se volvió hacia su marido, confusa. Abrió la boca para decirle algo, pero decidió esperar a que Fischer se alejara un poco.

–¿Por qué no puede entrar aquí? –preguntó, en un susurro.

–Porque su sistema armoniza con la energía psíquica –explicó su marido–, y es obvio que esa energía es muy fuerte en este lugar.

–¿Y por qué aquí?

–Puede que por contraste: una iglesia en el infierno.

Edith asintió, mirando de reojo a Fischer.

–¿Y por qué a él no le molesta? –preguntó.

–Puede que sepa cómo protegerse.

Edith asintió de nuevo. Permaneció junto a su marido mientras éste observaba el bajo techo de la capilla. Delante de las hileras de bancos que daban cabida a cincuenta personas se alzaba un altar; sobre éste, reluciendo a la luz de las velas, colgaba una figura de Jesús crucificado de tamaño natural y pintada en color carne.

–Parece una verdadera capilla –empezó a decir Edith, pero se interrumpió, escandalizada, al ver el enorme pene que sobresalía de la imagen de Jesucristo. Era incapaz de apartar la mirada de aquel obsceno crucifijo. De pronto, sintió que el aire se había espesado, que se coagulaba en su garganta. Intentó reprimir las náuseas.

Entonces, descubrió los murales pornográficos que colgaban de las paredes. Su mirada se detuvo en el que tenía a su derecha, que describía una orgía de monjas y sacerdotes medio desnudos. Todos ellos babeaban, tenían el rostro enrojecido de excitación y sus ojos reflejaban una lascivia maníaca.

–La profanación de lo sagrado –comentó Barrett–. Una enfermedad venerable.

–Era un enfermo –murmuró Edith.

–Sí, lo era –Barrett la cogió del brazo. Mientras recorrían juntos la nave, Edith advirtió que Fischer ya había salido.

Lo encontraron en el pasillo.

–Florence ha desaparecido –anunció.

Edith lo miró fijamente.

–¿Cómo puede haberse...? –guardó silencio, mirando a su alrededor.

–Estoy seguro de que está bien –dijo Barrett.

–¿En serio? –Fischer parecía enfadado.

–Estoy seguro de que está bien –repitió Barrett con firmeza–. ¡Señorita Tanner! ¡Venga!

Empezó a avanzar por el pasillo, llamándola.

–¡Señorita Tanner!

Fischer lo siguió, en silencio.

–Lionel, ¿por qué iba a querer...?

–No saquemos conclusiones precipitadas –le dijo su marido–. ¡Señorita Tanner! ¿Puede oírme?

Cuando llegaron al vestíbulo principal, Edith señaló con un dedo el comedor, donde centelleaba la luz de una vela.

–¡Señorita Tanner! –gritó Barrett.

–¡Estoy aquí!

Lionel sonrió a su mujer y, a continuación, miró de reojo a Fischer. Éste seguía muy tenso.

Florence se encontraba en el extremo más alejado del comedor. Avanzaron hacia ella, oyendo cómo resonaban sus pasos por el suelo.

–No debería haber hecho eso, señorita Tanner –le reprendió el doctor Barrett–. Ha conseguido alarmarnos.

–Lo siento –respondió Florence–. Oí una voz que procedía de este lugar.

Edith se estremeció.

Florence señaló el mueble tras el cual se había detenido: una vitrina de estilo español en cuyo interior descansaba un gramófono. Acercó la mano al plato giratorio y levantó un disco para enseñárselo.

–Era esto.

Edith no entendía nada.

–¿Cómo ha podido sonar si no hay electricidad?

–Olvidas que los antiguos gramófonos funcionaban con cuerda –explicó Barrett, dejando el candelero encima de la vitrina para examinar el disco que Florence sostenía entre sus manos–. Es de fabricación casera.

–Belasco.

Barrett lo miró, intrigado.

–¿Era su voz? –Al ver que la mujer asentía, dejó el disco sobre el plato giratorio. Florence observó a Fischer, que se encontraba a varios metros de distancia y tenía los ojos fijos en el gramófono.

Barrett dio unas vueltas a la manivela, deslizó la yema del dedo por el extremo de la aguja y la colocó sobre el borde del disco. El altavoz emitió un chasquido; después sonó una voz.

–Bienvenidos a mi hogar –dijo Emeric Belasco–. Me alegro de que hayan podido venir.

Edith cruzó los brazos, temblando.

–Estoy seguro de que su estancia en este lugar les resultará sumamente esclarecedora. –La voz de Belasco era suave y melo-

sa, pero también aterradora: era la voz de un demente muy disciplinado—. Lamento no poder acompañarles, pero tuve que partir antes de su llegada.

Hijo de puta, pensó Fischer.

—De todos modos, no deseo que mi ausencia física les incomode. Consideren que soy su anfitrión invisible y sepan que, durante su estancia, estaré con ustedes en espíritu.

Edith estaba aterrada. *Esa voz*.

—Todas sus necesidades están cubiertas —continuó diciendo la voz de Belasco—. No hemos pasado por alto ningún detalle. Pueden ir donde quieran y hacer lo que les apetezca. Ésta es la regla principal de mi hogar: siéntense libres de hacer lo que prefieran. En mi casa no hay responsabilidades ni normas. Podría decirse que mi única regla es la siguiente: «que cada uno se las apañe como pueda». Espero que encuentren la respuesta que están buscando. Está aquí, se lo aseguro.

Hubo una pausa.

—Y ahora... *auf Wiedersehen*.

Cuando la aguja llegó al final del disco, Barrett la levantó y apagó el gramófono. El comedor estaba en completo silencio.

—*Auf Wiedersehen* —repitió Florence—. Hasta que nos volvamos a ver.

—¿Lionel...?

—No realizó esta grabación pensando en nosotros —dijo.

—Pero...

—La grabó hace más de medio siglo —explicó Barrett, sosteniendo el disco en lo alto—. Fíjense bien. El hecho de que esas palabras nos resulten pertinentes no es más que una simple coincidencia.

—Entonces, ¿por qué se puso en marcha el gramófono? —preguntó Florence.

—Ése es un tema completamente distinto —respondió Barrett—. Ahora sólo estoy hablando del disco.

Miró a Fischer antes de continuar.

—¿En 1940 también se puso solo en marcha? Los informes no dicen nada de eso.

Fischer movió la cabeza.

—¿Usted sabía algo de este disco?

Justo cuando todos pensaban que no iba a responder, Fischer empezó a hablar.

—Cuando llegaban los invitados, descubrían que se había ido; entonces sonaba este disco —hizo una pausa—. Era uno de sus juegos favoritos. Mientras sus huéspedes estaban aquí, Belasco se escondía para espiarlos.

Barrett asintió.

—Pero puede que fuera invisible —continuó Fischer—. Él afirmaba tener ese poder. Decía que podía dirigir la atención de un grupo de personas hacia cierto objeto y moverse entre ellos sin que nadie lo viera.

—Lo dudo —dijo Barrett.

—¿En serio? —Fischer contempló el gramófono esbozando una extraña sonrisa—. Hace unos instantes, todos estábamos abortos en ese aparato. ¿Cómo sabe que no ha pasado junto a nosotros mientras escuchábamos sus palabras?

12:46 P.M.

Estaban subiendo las escaleras cuando una gélida brisa pasó sobre ellos, haciendo que las llamas titilaran. La vela de Edith se apagó.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó en un susurro.

—Una brisa —respondió Barrett, inclinando su vela para volver a encender la de su esposa—. Ya hablaremos de esto después.

Edith tragó saliva, mirando a Florence. Su marido la cogió del brazo y ambos continuaron subiendo las escaleras.

—Sucederán muchas cosas como ésta durante toda la semana —explicó—. Pronto te acostumbrarás.

Edith no dijo nada. Mientras continuaban subiendo, Florence y Fischer intercambiaron una mirada.

Al llegar al segundo piso, giraron a la derecha y avanzaron

por la galería. A mano derecha se extendía la pesada balaustrada; a mano izquierda, a lo largo de la pared revestida de madera, se abrían diversas puertas. Barrett se acercó a la primera de ellas y la abrió. Tras echar un vistazo a su interior, se volvió hacia Florence.

—¿Le gusta ésta? —preguntó.

La mujer cruzó el umbral.

—No está mal —dijo, regresando al pasillo—. Pero creo que la señora Barrett estará más cómoda en esta habitación.

Barrett estuvo a punto de decir algo, pero prefirió guardar silencio.

—De acuerdo —dijo, indicando a su esposa que entrara.

Siguió a Edith hasta el interior y, tras cerrar la puerta, recorrió el cuarto, cojeando. Edith miró a su alrededor. A su izquierda había un par de camas renacentistas de nogal tallado, entre las que se alzaba una mesita de noche, con una lámpara y un teléfono de estilo francés. En el centro de la pared contraria se abría una chimenea y, enfrente de ésta, descansaba una robusta mecedora de nogal. Una alfombra persa de color azul, de cincuenta y cinco metros cuadrados, cubría casi por completo el suelo de madera de teca. En medio de la alfombra se alzaba una mesa octogonal y una silla a juego, tapizada en cuero rojo.

Tras echar un vistazo al cuarto de baño, Barrett regresó junto a su mujer.

—Respecto a esa brisa... La verdad es que no me apetecía empezar una discusión con la señorita Tanner. Por eso he preferido omitir el tema.

—Realmente ha sucedido, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió, con una sonrisa—. Pero no ha sido más que una simple manifestación de energía cinética. Piense lo que piense la señorita Tanner, esa energía carece de inteligencia. Debería haberte mencionado eso antes de salir de casa.

—¿Haberme mencionado qué?

—Que tendrías que insensibilizarte a todo lo que esa mujer pueda decir durante la próxima semana. Ya sabes que es espiri-

tista. Sus creencias se basan en la vida más allá de la muerte y en la comunicación con los desencarnados... una base que es completamente errónea. Eso es lo que intento demostrar pero, hasta que no lo consiga –dijo, sonriendo–, te tocará escuchar muchas de sus... opiniones. No puedo pedirle que se abstenga de hacer comentarios en todo momento.

A su derecha, apoyadas contra la pared, descansaban un par de camas con unas cabeceras laboriosamente talladas, entre las que se alzaba una inmensa cómoda. Sobre ésta, suspendida del techo, había una gran lámpara italiana de plata.

Justo enfrente de ella, junto a las contraventanas de madera, se alzaba una mesa de estilo español con una silla a juego. Encima de la mesa había una lamparilla china y un teléfono de estilo francés. Florence cruzó la habitación y descolgó el aparato. No había línea. *¿Tenía alguna esperanza de que estuviera conectado?*, pensó divertida. Estaba segura de que, antaño, con ese teléfono sólo podían efectuarse llamadas internas.

Se giró y observó la habitación. Había algo. ¿Qué era? ¿Un ente? ¿Una emoción residual? Florence cerró los ojos y esperó. Estaba segura de que había algo en el aire. Sentía cómo se movía y palpitaba, acercándose a ella para retroceder al instante, como una bestia invisible y huidiza.

Después de varios minutos abrió los ojos. Ya *vendrá*, pensó. Cruzó la habitación para dirigirse al cuarto de baño y entrecerró los ojos cuando sus blancas paredes de baldosa relucieron a la luz de la vela. Tras dejar el candelero en la pila, abrió el grifo de agua caliente. Durante unos momentos no sucedió nada. Entonces, se oyó un borboteo y una gota oscurecida por el óxido salpicó la cuenca. Florence esperó a que el agua saliera limpia antes de mojarse las manos. Estaba tan fría que se le escapó un silbido. *Espero que el calentador no esté estropeado*, pensó. Tras inclinarse un poco, se humedeció la cara.

Tendría que haber entrado en la capilla, pensó. *No debería haberme echado atrás al primer desafío*. Esbozó una mueca al recordar

las fuertes náuseas que había sentido cuando estaba a punto de entrar. *Es un lugar espantoso*. Tenía que encontrar la forma de entrar, pero sabía que tardaría algún tiempo en poder hacerlo. *Pronto entraré*, se prometió a sí misma. *Cuando llegue el momento, Dios me concederá la fuerza necesaria*.

Su habitación era más pequeña que las otras dos. En ella sólo había una cama con dosel. Fischer se sentó a los pies, contemplando el intrincado dibujo de la moqueta. Podía sentir que la casa que le rodeaba era como un ser enorme e invisible. *Sabe que estoy aquí*, pensó. *Belasco lo sabe. Todos ellos lo saben, porque soy su único fracaso*. Lo estaban observando, esperando a ver qué hacía.

Pero no tenía intenciones de dar ningún paso antes de tiempo. No pensaba hacer nada hasta que lograra sentir ese lugar.

2:21 P.M.

Fischer fue hasta el comedor, iluminándose con la linterna. Se había cambiado de ropa y ahora llevaba un jersey negro de cuello alto, unos pantalones negros de pana y unas zapatillas de deporte gastadas. Avanzó silenciosamente hasta la enorme mesa redonda. Barrett y Edith estaban allí, él sentado y ella de pie, abriendo unas cajas de madera y dejando su contenido sobre la mesa. En la chimenea crepitaba el fuego.

Edith dio un respingo cuando Fischer surgió de entre las sombras.

—¿Necesitan ayuda? —preguntó.

—Ya estamos acabando —respondió Barrett, sonriendo—. Pero gracias por ofrecerse.

Fischer se sentó en una de las sillas y observó a Barrett con atención, viendo cómo desembalaba un instrumento, lo limpiaba cuidadosamente con un trapo y lo dejaba sobre la mesa. *Qué quisquilloso es con su equipo*, pensó. Se sacó un paquete de

cigarrillos del bolsillo y encendió uno, siguiendo a Edith con la mirada. Cuando ésta cogió otra caja y la llevó hasta la mesa, advirtió el movimiento de su deforme sombra en la pared.

—¿Sigue dando clases de física? —preguntó.

—Con ciertas limitaciones, por motivos de salud. —Barrett vaciló, pero decidió continuar—. Tuve la polio a los doce años y mi pierna derecha está parcialmente paralizada.

Fischer lo observó en silencio. Barrett sacó otro instrumento de su caja y lo limpió con el trapo. Tras dejar el instrumento sobre la mesa, volvió a mirar a Fischer.

—Pero eso no afectará de ningún modo al proyecto —dijo.

Fischer asintió.

—Antes se refirió al pantano como la Ciénega Bastarda —comentó el doctor, prosiguiendo con su trabajo—. ¿Por qué?

—Algunas de las invitadas de Belasco se quedaron embarazadas durante su estancia en la casa.

—¿Y los bebés acabaron...? —preguntó Barrett, levantando la mirada.

—En trece ocasiones.

—Eso es terrible —exclamó Edith.

Fischer dejó escapar el humo por su boca.

—En este lugar sucedieron muchas cosas terribles.

Barrett observó los instrumentos que ya estaban sobre la mesa: el galvanómetro astático, el galvanómetro reflectante, el electrómetro de cuadrantes, la balanza Crookes, la cámara, la jaula de tela metálica, el absorbedor de humo, el manómetro, los platos de la balanza y la grabadora. Aún tenía que desempaquetar el reloj de contacto, el electroscopio, las luces (estándar e infrarrojas), el termómetro de máximas y mínimas, el higroscopio, la pantalla de sulfuro fosforescente, el hornillo eléctrico, la caja de cubetas y tubos de ensayo, el material moldeable y el equipo de primeros auxilios. *Y el instrumento más importante de todos*, pensó Barrett con satisfacción.

Estaba desempaquetando un soporte de luces rojas, amarillas y blancas cuando Fischer preguntó:

—¿Cómo piensa utilizarlo si no hay electricidad?

–He llamado a Caribou Falls –respondió Barrett–. Por cierto, el teléfono está en el vestíbulo. Me han dicho que instalarán un generador nuevo por la mañana.

–¿Y usted cree que funcionará?

Barrett reprimió una sonrisa.

–Funcionará.

Fischer no dijo nada más. El leño que ardía en la chimenea restalló y Edith, que estaba a punto de coger una de las cajas de madera más grandes, dio un respingo.

–No cojas ésa. Pesa demasiado –le dijo su marido.

–Yo lo haré –levantándose de la silla, Fischer se acercó a Edith y cogió la caja.

–¿Qué hay aquí dentro? –preguntó, mientras la llevaba a la mesa–. ¿Un yunque?

Barrett levantó la tapa de la caja, advirtiéndole su mirada de curiosidad.

–¿Le importaría...? –preguntó. Fischer cogió entre sus manos el voluminoso instrumento de metal y lo dejó sobre la mesa. Éste tenía forma de cubo y estaba pintado de azul oscuro. En la parte frontal había un panel esférico y una minúscula aguja roja que señalaba el número cero. A la izquierda del cero aparecía el número novecientos. Sobre la parte superior del instrumento ponía, en letras negras: BARRETT - REM

–¿REM? –preguntó Fischer.

–Se lo explicaré más adelante –dijo Barrett.

–¿Es ésta su máquina?

Barrett movió la cabeza hacia los lados.

–La están construyendo.

Todos se volvieron hacia la arcada al oír unos pasos. Florence apareció en la entrada, con un candelero en la mano. Iba vestida con un pesado jersey verde de manga larga, una recia falda de *tweed* y zapatos de tacón bajo.

–Hola –dijo alegremente.

Mientras se aproximaba hacia ellos, recorrió con la mirada el despliegue de instrumentos que había sobre la mesa y sonrió.